

# EL INCA GARCILASO DE LA VEGA\*

*Alfredo Yépez Miranda*

19

## I

Conmemoramos alborzados el cuarto centenario del nacimiento del más glorioso escritor peruano de todos los tiempos, el inmortal Garcilaso Inca de la Vega Chimu-Ocloy, admirable conjunción de razas, culturas y espíritus contrapuestos y beligerantes, hijo digno de la gran ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos del Perú, centro, bandera y núcleo vital de los auténticos intereses de una verdadera americanidad. Todos los hombres de nuestros días que viven la inquietud constante de sorpresas insospechadas del campo de la política y del espíritu del mundo, vuelven los ojos esperanzados hacia las grandes figuras de nuestra historia, para buscar en ellas el tesoro magnífico de la propia personalidad que nos haga capaces de resistir con ventaja a las agresiones de cualquier orden de pueblos que desearan intentar en América una segunda conquista.

Es por esto que la figura de Garcilaso crece con los siglos y se agiganta como las formidables montañas cuzqueñas que le sirvieron de cuna, porque Garcilaso es para América el fragmento de peñón de la más alta cordillera, es algo de la América viviente y su figura es por esto, repito, la representación de la verdadera americanidad.

Los pueblos que surgen a través de la Historia son aquellos que tienen grandes personalidades que les dan módulo propio, son los hitos fuertes que trazan el camino de un robusto porvenir.

El Cuzco milenario, centro de América, corazón palpitante donde se han plasmado los destinos del continente, tiene como ningún pueblo de América, representativos sobresalientes,

grandes individualidades que marcan la ruta de los siglos, alumbrando la grandeza de esta tierra, fragua forjadora de culturas. Tenemos las figuras de Manco II y Cahuide que no han sido aun debidamente juzgadas porque más importancia se les atribuye a los españoles como Gonzalo Pizarro o Francisco Carbajal. Los nuestros se presentaron con heroísmo espartano y fatalidad india contra las invencibles huestes españolas. En plena dominación española, tres peruanos ilustres surgen dueños del nuevo espíritu y cantan a su tierra con fervor: Garcilaso, el más grande romántico nacido bajo cielo americano, que escribe conmovedoras páginas enalteciendo el patrio lar, con una emoción contagiante, que hace amar el campo y el paisaje nativo; Huaman Poma de Ayala, más incisivo y revolucionario, panfletario en sus magistrales dibujos, y el chispeante Concolorcorvo que, satírico y mordaz, oculta su desdén bajo el humor. El primero tiene de esos grandes épicos de la antigüedad, canta un mundo maravilloso que se va hundiendo en el abismo del tiempo ante sus ojos absortos, un imperio colosal que se destruye como un castillo de naipes, por eso su angustia, esa tristeza profunda del hombre que ha visto morir algo que no renacerá jamás, por eso la voz quejumbrosa del poeta que llora los tiempos que se fueron para siempre y que sabe que el reinar se tornó en vasallaje. El segundo usa la pluma con estruendo de arcabuz y destreza de espada toledana, es el "yo acuso" altivo y duro, defensa de los oprimidos indios, y duro ataque contra los atropellos de los conquistadores. Su libro tiene toda la mordacidad de un panfleto, toda la grandeza

\* En: "Revista Universitaria", n° 75, AÑO XXVII, SEGUNDO SEMESTRE de 1938. Págs. 77-98

de un Bartolomé de las Casas y todo el desprecio insultante de un Cahuide que no se rinde. El tercero nace en plena colonia, cuando se ha aquietado el tumulto de la conquista, sus finos dientes no saben morder, pero sus sonrisas son hirientes como las de Terralla y de Caviedes, su palabra picaresca oculta su descontento. Estos tres escritores, representan otros tantos estados del alma colectiva nacional. Garcilaso es el más representativo, por su stirpe nobilísima y por el tiempo que le tocó vivir, es la conjunción espiritual del occidente que se volcaba sobre América y la colonia que surgía sobre los escombros del incanato, del individualismo arrogante que destruía el colectivismo pasivo. Jamás hombre alguno como Garcilaso pudo ver de cerca una transformación social más brutal y completa. Ni la revolución rusa, ni la francesa adquieren mayor grandeza ante la destrucción del Imperio Incaico, de ahí que su obra sea inmortal; porque representa por encima de todo el anhelo de una nueva armonía, después de esa oposición destructora, un nuevo sentido creador de la vida después de tanta negación y muerte. En Garcilaso nace una época, un espíritu, un pueblo, y muere en él el pasado, aquello que se negó a sí mismo a fuerza de repetirse, la mutación cíclica que se destruía. Por eso su figura grandiosa es la representación simbólica de lo que entendemos por "peruanidad verdadera".

El homenaje a Garcilaso a través de 400 años de su nacimiento es el redescubrimiento del valor eterno del Cuzco como fuerza vital de América y valor inconfundible, porque en Garcilaso admiramos su profundo amor a la tierra, su melancolía virgiliana y al mismo tiempo su entusiasmo rayano en el frenesí, cuando pinta en acuarelas poéticas el mundo inconfundible de los Andes, todos los valores inmortales de nuestro paisaje: el valle sagrado del Cuzco, las cumbres, las quebradas, todo lo que es símbolo de la tierra: árbol, piedra, río, cielo, hombre, son figuras vitales en Garcilaso, adquieren categoría de personajes y tejen el drama maravilloso de su obra.

Pero si Garcilaso es defensor romántico de un pasado que se esfuma como un fantasma ante sus ojos admirativos, es también hoy el baluarte de nuestro nacionalismo republicano, no únicamente porque representa esa conjunción de dos mundos, dos culturas y dos razas en una unidad superior, sino porque es el adelantado de la armonía nueva que supera al contraste brusco, de esa armonía que no se ha plasmado aún a través de 400 años de pugna porque todavía América continúa

siendo el campo de lucha rabiosa e incesante del extranjero y el indígena, el conquistador y el vencido, la técnica, y la tradición, el español y el quechua, el paisaje y el hombre ¿qué formidable escenario de lucha es el de América? en él parece que las fuerzas naturales tomasen también parte, el río que destruye para abrirse paso, la tempestad que brama en los Andes, pero al mismo tiempo el Nuevo Mundo es también un medio plasmador de una nueva forma de vida. Garcilaso vivió la época que se iniciaba con él, vida de ataque y defensa, época en que todo era pugna, contraste, oposición, supo cantar ese mundo maravilloso que se iba, contempló las tragedias de las calles del Cuzco, en que eran hollados los más sagrados recintos por la avaricia española. En el alma de Garcilaso se confunden las figuras del capitán Garcilaso de la Vega, de Gonzalo Pizarro, de Hernández Girón y el Demonio de los Andes, con las figuras de Manco II, Isabel Chimpu-Ocillo y de Amautas y Quipucamayoc de su familia, en sus obras se sentirán la melancolía heredada de la lírica de Santillana y Jorge Manrique con la dulzura de los haravec quechuas, la grandeza clásica de los Amautas cantores de la majestad del Imperio aparece en páginas vibrantes también.

## II

Su viaje a España nos indica su amor a la tierra, quiere pedir del mismo Rey de España la posesión de la encomienda de Tapacari, dejada por su padre, el panteísta, el hombre que vive ligado milenios de milenios a la tierra a la que cree amamantadora y sustentadora de su vida, viaja hasta la patria de sus opresores para exigir un derecho, ya sabemos que después de largas dificultades le son negados esos derechos, entonces pone sus energías al servicio de las armas españolas, y lucha como capitán español aquel hombre que acaso debió morir como un Cahuide, pasan los años, decaen los ánimos y acoge a la dulce tranquilidad entre sus nervios frenéticos, entonces los arreos bélicos del capitán son trocados con las modestas vestiduras del siervo de Jesús y las órdenes militares son remplazadas con oraciones en latín. Entonces su espíritu se recoge y enferma como buen cuzqueño y americano con el mal de ausencia, con el mal del amor que no ha de retornar nunca, con esa tristeza infinita que sienten sólo los hombres que aman a su tierra, aparece el mitimae, el trasplantado, el nostálgico por el solar nativo, entonces descubre a su patria en todo su valor, a la distancia se reconoce o sí mismo, desde

España ama al Perú más que nunca, nada puede la lejanía geográfica contra el recuerdo que lo destruye, busca el arte para volcar en él su angustia oprimida en el pecho, se expande y se libera escribiendo, ensartando recuerdos, exponiendo su vida palpitante a través de la historia de su pueblo. Es un enamorado que ofrece sus mejores galas al Cuzco, su amada, su amor es noble, generoso y puro, es un amor imposible porque sabe que no volverá al seno del que partió, es más espiritual que Dante y Petrarca porque el símbolo de su erotismo supera las envolturas de la carne. Hay que pensar en lo que era España, engreída y todopoderosa, para valorar a Garcilaso, un espíritu que se erguía contra el ambiente opresor de la península, su alma se conservaba intacta a través de todas las modificaciones exteriores de su persona, su espíritu no claudicó jamás en ninguno de sus libros.

La distancia parece que sirvió para dar más amorosa apariencia a las cosas del Cuzco; describiendo con lenguaje rico en sugerencias a la grande ciudad de América y mostrando el respeto sagrado que tenían por ella los hombres que iban a visitarla desde los cuatro puntos cardinales de la tierra americana, haber estado en el Cuzco, y conocido sus maravillas era motivo de admiración y respeto para los demás. El hombre que iba del Cuzco era saludado por el que venía porque había ganado en su vida un mayor conocimiento, y su espíritu venía purificado por el contacto cercano de la divinidad, era pues entonces estrictamente la ciudad de los Incas, la Meca de América, la ciudad sagrada. Garcilaso la describe con cariño y habla de los riachuelos alegres que la surcan, y de las perspectivas del valle así como de la grandeza de los Andes que la defienden con sus grandes picos donde son señores los cóndores, esas aves majestuosas que desafían a los cielos con su vuelo.

Cuando la Colonia se afirmó completamente en América e hizo su labor de limpieza completa del incario, procuró destruir el espíritu americano valiéndose de todos los medios, ya conocemos la labor destructora del clero para aniquilar completamente la religión incaica, todo lo que significaba objeto de culto era quemado, templos, conopas, imágenes, objetos de culto, sacerdotes, ritos, himnos religiosos, todo ese bagaje espiritual y material fue despiadadamente destruido. Y esto se hacía en todo orden de cosas: la fortaleza de Sacsayhuamán, nos lo cuenta Garcilaso, fue destruida también para hacer con sus piedras los monumentos coloniales del Cuzco, parece que

no querían que su grandeza formidable estuviera indicando a los indios la fuerza pujante de lo que fueron capaces sus antepasados. En el orden espiritual se siguió igualmente la misma tendencia. Todas las manifestaciones espirituales del incario fueron destruidas, la nobleza liquidada y con ella su idioma, los qquipus destruidos y con ellos la historia de todo un pueblo, las manifestaciones literarias y las obras teatrales corrieron igual suerte, apenas si una que otra obra pudo escapar de la terrible persecución. Ejemplo: el Ollantay.

Los españoles querían que los americanos olvidasen el valor de su tierra, fomentando la literatura cortesana que dio sus frutos maduros en Lima, la frase rebuscada y el verso lleno de figuras eran más aplaudidos, la imaginación estaba entabada, los temas estaban dirigidos por el oficialismo, eran dogmas entonces del espíritu la fórmula y la repetición verbal, así la imaginación no podía invadir campos peligrosos para los conquistadores.

No convenía que los americanos conocieran América, y para esto había que impedir el conocimiento geográfico: guerra a la geografía americana, guerra a la historia americana, eran las divisas del coloniaje, pero los corsarios junto con sus contrabandos traían ideas nuevas, abrían las ventanas del espíritu hacia la novedad y la inquietud y libros como los *Comentarios Reales*, eran leídos con entusiasmo, alimentaban el espíritu americano, operaban revolución en los espíritus.

En 1780 se convulsiona el Cuzco con la revolución de Túpac Amaru II, los indios se arman y proclaman su libertad, nuevamente las huestes incaicas se reúnen listas para la victoria con Túpac Amaru al frente, otro gran paladín cuzqueño que supo honrar a su tierra muriendo con la grandeza de un héroe de la antigüedad. Los españoles, destruida la revolución en su sentido material, persiguiendo a sus caudillos buscan a los autores intelectuales y persiguen todas las ediciones de los *Comentarios Reales*, el mismo Rey da una cédula especial por la cual se reconviene a las autoridades españolas prohíban terminantemente el ingreso de libros como los *Comentarios Reales*, que puedan despertar la imaginación del espíritu americano en los pueblos, este es el más grande homenaje que le pudo rendir la España todopoderosa de aquellos tiempos a este libro, en el que veían la antorcha libertaria.

La colonia perseguía los *Comentarios Reales*, porque en él estaba el espíritu del incario, que no pudieron destruir.

## III

Los críticos de literatura quieren encontrar en la obra de Garcilaso una semejanza con libros como *Utopía* de Tomás Moro, *La Ciudad del Sol* de Tomás Campanella o *La República* de Platón, nada más contrario que esto. *Los Comentarios Reales* son la defensa de un mundo que desaparece, son la historia de una raza y de un pueblo que forjaron una gran cultura y fueron destruidos por obra de una conquista despiadada, en ellos está reflejada la melancolía de un hombre que recuerda que todo tiempo pasado fue mejor, como lo dijera uno de sus ancestros, el poeta español Jorge Manrique. En cambio las obras de Platón, Bacon, etc., son libros de utopía, pintan mundos tal como ellos quisieran, son constructores de una sociedad mejor siquiera teóricamente, nada más distante entonces que el pensamiento de Garcilaso, él no construye un nuevo mundo; historia, describe, relata la vida de un Imperio que existió efectivamente sobre la tierra. Este es el cargo que se le puede hacer al crítico español Menéndez Pelayo, que manifiesta encontrar identidad entre la historia de Garcilaso y la utopía de los otros.

Verdad que Garcilaso no es un historiador con el criterio del novecientos, tiene de poeta y novelista y no de narrador escueto a lo Cieza de León, que tiene criterio de escribano y de inventariador de bienes; Garcilaso no enumera ni cuenta, no tiene visión fotográfica para repetir con fidelidad exacta un cuadro, tiene nerviosidad de artista para comunicar alma cuando describe un paisaje y vale más cuando con esto alimenta su obra porque su historia tiene vida y más allá del relato y de la línea escrita el observador atento y el espíritu afin descubren lo que el relato escueto no puede decir.

Su obra es todo un canto al pasado, o la descripción de las guerras civiles entre los propios conquistadores.

En *La Florida del Inca* es cuando Garcilaso aparece más literato, acaso la fantasía suplió a la realidad ya que su conocimiento de las conquistas de Hernando de Soto no son de primera mano, sino de prestado. Allí el relato adquiere caracteres de epopeya, y no disminuye en nada la gallardía arrogante de los conquistadores españoles y la bravura magnífica de los indios que defendían palmo a palmo sus tierras, son trozos formidables dignos de la *Iliada*, hay grandeza en las batallas y en las actitudes, en el paisaje desconocido y en la inquebrantable valentía de los caballeros hispanos.

A Garcilaso se le quiere presentar también como un clásico español nacido en América, en esto acaso hay error, no puede ser español quien procede biológicamente hablando de dos razas distintas y opuestas, tampoco puede ser clásico un romántico que cantó las desgracias de su tierra convulsionada por una tremenda transformación. Decirle español es negarle su americanismo, el espíritu nuevo que surge en él es legarle todo lo que tiene de valedero. Español por el idioma y por la tierra en que escribió, puede ser, pero su espíritu y su personalidad dieron forma al ropaje del idioma: el espíritu moldeó al cuerpo y dió forma a la palabra.

## IV

Garcilaso Inca de la Vega Chimpu-Occho con Luis de Alva Ixtlilxóchitl relatan la grandeza de los dos imperios más grandes de América.

Garcilaso en sus *Comentarios Reales* surge como todo un poeta sensitivo que pasea su imaginación y su recuerdo sobre la grandeza magnífica de una edad que ha desaparecido y con amoroso cuidado reúne las cosas que surgen de su memoria para colocarlas en el libro donde consigue inmortalizar todo aquello que quedaba destruido ante sus ojos acuciosos.

Garcilaso es también espectador ocular de la parte más truculenta de la vida de la ciudad sagrada, época en que los 80 vecinos notables del Cuzco eran dueños y señores de esta ciudad y en que las energías españolas buscaban la guerra civil para dar trabajo a sus arcabuces y lanzas victoriosas. Garcilaso nos relata en páginas magníficas las escenas de la revolución de Gonzalo Pizarro y describe la cara dura y tremenda del terrorífico *Demonio de los Andes*, cuenta también en patéticas palabras la insurrección de Hernández de Girón y las escenas que se realizaron cuando éste se levantó.

Garcilaso de la Vega, literariamente hablando, es el primer escritor peruano, su figura se yergue solitaria en la colonia, ya que el otro insigne cuzqueño, Juan Espinoza y Medrano, nació diremos así, con el espíritu domesticado y si supo hacer de la palabra una orquesta de maravilla, la puso al servicio del cortesanismo y el formulismo, vale decir, puso su espíritu al servicio de la colonia. Garcilaso supera a Huamán Poma de Ayala y Concolorcorvo en la Colonia y a Ricardo Palma en la República. Ricardo Palma ha tenido la suerte de ser difundido y conocido por casi todo el mundo y presentado como el más notable escritor de las letras peruanas, recién

Garcilaso comienza a ser redescubierto en todo su íntimo valor, se le comprende y estudia y se descubre en su tragedia personal la tragedia de toda una cultura y la del predominio abatido de su ciudad natal. Desde la entrada de las huestes de Atahualpa que derrotaron a las de Huáscar, todo fue derrota, angustia y dolor, y Garcilaso con razón tiene resentimiento con el partido atahuallpista, el que representa en el incario, la misma posesión de los trascaltecas en México. Desde Atahualpa comienza con la matanza de nobles cuzqueños la destrucción de los privilegios del Cuzco, y los mismos cuzqueñistas como Gonzalo Pizarro, que querían ser jefes de un gran imperio indio, caen ante la astucia solapada de un La Gasca.

Garcilaso tilda de madrastra a su tierra madre y la califica como madre de hijos ajenos, y esta frase lapidaria para el Cuzco, la reconocemos verdadera a través de 400 años, y recién aparece fuerte, pujante y reconocido como verdadero nacionalismo el cuzqueñismo, como expresión de peruanismo y queremos que el Cuzco vuelva a ser la madre de sus hijos.

El homenaje que se le rinde a Garcilaso Inca de la Vega Chimpu-Ocillo, llega a todos los confines del continente y tiene la grandeza de las grandes horas. Bajo su símbolo eterno sentimos vibrar la emoción unánime del nuevo mundo al grito de:

¡AMÉRICA SIEMPRE NUESTRA!